DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO (CICLO C)

El Evangelio, la primera lectura y el salmo responsorial, como casi siempre, forman un bloque compacto. Si tuviéramos que hacer una síntesis doctrinal, diríamos: a la gratuidad de Dios, que es para todos, el hombre responde con una acogida laboriosa y oportuna. Los regalos se valoran, se agradecen, no ya con simples palabras, sino con las obras.

Primer Lectura: Isaías 66, 18-21: *Reunión de todos los pueblos*

Es el anuncio de la reunión universal para la formación de un nuevo pueblo de Dios donde no habrá ninguna barrera divisoria entre las personas

Al final del libro , la perspectiva se universaliza quizá más que nunca: todos los pueblos forman con Israel una gran comunidad cultual y litúrgica (en la que incluso los extranjeros podrán ser sacerdotes y levitas: Is 66, 21, en contraste con Is 61, 5-6). Pero el que recibe las promesas, el que es constituido meta de la peregrinación de los pueblos, es Israel.

Hemos llegado al final del libro de Isaías. Un final clamoroso, abierto, universalista hasta extremos insospechados.

Una síntesis de los más hermosos temas isaianos: la manifestación de la gloria de Yahveh, la atracción universal y, lo nunca oído hasta ahora, la participación de los gentiles como sacerdotes y levitas de la nueva teocracia mesiánica.

18. Así dice el Señor: Yo vendré para reunir a las naciones de toda lengua: vendrán para ver mi gloria.

Israel nunca más se sentirá solo. Junto a sí tendrá a todas las naciones gentiles definitivamente unidas en la paz que procede de la gloria de Yahvéh, de su visible manifestación a todos los hombres.

19. *Les daré una señal, y de entre ellos, despacharé supervivientes a las naciones : a Tarsis, Etiopía, Libia, Masac, Tubal y Grecia; a las costas lejanas que nunca oyeron mi fama ni vieron mi gloria y anunciarán mi gloria a las naciones.*

Una señal: consiste en la supervivencia de Jerusalén que se convierte en el objetivo de un nuevo éxodo para los judíos que estaban en la diáspora e incluso para los gentiles

A modo de reseña simbólica se citan los pueblos entonces más significativos peregrinando desde todos los ángulos de la tierra conocida hasta Jerusalén. Tarsis o Tartaseos, la región del Guadalquivir, símbolo de los confines de la tierra.

20. Y de todos los países , como ofrenda al Señor traerán a todos vuestros hermanos a caballo y en carros y en literas, en mulos y dromedarios, hasta mi Monte Santo de Jerusalén – dice el Señor-, como los israelitas, en vasijas puras, traen ofrendas al templo del Señor.

Compárese con la peregrinación de 2, 2: "*Sucederá en días futuros que el monte de la Casa de Yahveh será asentado en la cima de los montes y se alzará por encima de las colinas. Confluirán a él todas las naciones,"*

Este verso continúa y cierra una serie de capítulos; cfr. 60, 4: "*Alza los ojos en torno y mira: todos se reúnen y vienen a ti. Tus hijos vienen de lejos, y tus hijas son llevadas en brazos.*";

6,9: "*Los barcos se juntan para mí, los navíos de Tarsis en cabeza, para traer a tus hijos de lejos, junto con su plata y su oro, por el nombre de Yahveh tu Dios y por el Santo de Israel, que te hermosea.*"

21. Y también de entre ellos me escogeré sacerdotes y levitas-dice el Señor.

Como broche de oro ahí está esa tajante afirmación "de entre ellos tomaré sacerdotes y levitas"

El salmo, que siempre ayuda a profundizar el mensaje de la 1ª lectura, es un salmo "*misionero*": " alabad al Señor todas las naciones", color que queda fortalecido con la antífona que repite la comunidad, tomada de las últimas recomendaciones de Jesús a los suyos:

"Id al mundo entero y predicad el Evangelio"

Segunda Lectura: Hebreos 12, 5-7.11-13: Dios nos corrige como a hijos

¿El sufrimiento por el sufrimiento? Sería absurdo, porque siempre es privativo, algo negativo. Debe tener una finalidad más alta.

Apremiante exhortación a la constancia, a perseverar en el combate de la fe, resistiendo activamente.

El sufrimiento es algo con lo que hay que contar y no debe ser considerado como un castigo de Dios. Al contrario, las pruebas y los sufrimientos nos corrigen, nos transforman, nos perfeccionan, y son una demostración de la solicitud paternal de Dios para con nosotros.

Como segunda lectura estamos leyendo, desde el domingo l9, la Carta a los Hebreos; hoy proclamamos los vv. 5-7.11-13 del capítulo 12.

El domingo pasado, Solemnidad de la Asunción, no pudimos anunciar un texto clave, 12, 1-4, en donde está claro que los cristianos, a los que se dirige la Carta, no han sido sometidos a pruebas insoportables, no han tenido que luchar hasta la muerte, como lo hizo Cristo. Podemos magnificar nuestro sufrimiento, cuando en realidad no es tanto.

El sufrimiento no debe ser considerado como un castigo de Dios, sino como algo medicinal, pedagógico.

Lo que ahora quiere el autor de la Carta es que sus lectores descubran la finalidad de sus dificultades y problemas. El punto de partida para ello se lo ofrece el Libro de los Proverbios 3, 11-12: "Hijo *mío, no rechaces la instrucción del Señor ni te enfades por su reprensión. Pues el Señor reprende a quien ama, como un padre a su hijo predilecto".*

5. Y además habéis olvidado aquella exhortación que se os dirige como a hijos: Hijo mío , no desprecies la corrección del Señor, ni te desalientes cuando él te reprenda.

Texto tomado del libro de los Proverbios 3, 11-12. Dios tratará al discípulo como un padre a su hijo. En la educación se revela una especie de paternidad divina: "*Date cuenta, pues, de que Yahveh tu Dios te corregía como un hombre corrige a su hijo,"* (Dt 8, 5). En la corrección y el castigo se manifiesta el amor exigente, paterno, intolerante con la culpa y compasivo con el hijo: "*¡Oh sí, feliz el hombre a quien corrige Dios! ¡No desprecies, pues, la lección de Sadday!"* (Job 5, 17).

6. Porque el Señor corrige a quien ama, y castiga a aquél a quien recibe como hijo.

El punto de partida se lo ofrece el libro de los Proverbios (Prov 3, 1-12): Dios corrige al que ama y aflige al que le es más querido. El dolor tiene una finalidad pedagógica en el designio de Dios. No verlo así hace que el dolor sea infructuoso y estéril.

7. Dios os trata como a hijos y os hace soportar todo esto para que aprendáis. Pues ¿qué hijo hay a quien su padre no corrija?

El sufrimiento es una prueba de que somos hijos de Dios. Los hijos deben ser corregidos por el padre; si nosotros somos corregidos por Dios, estamos ante la prueba de que somos hijos de Dios. El padre corrige y castiga a los suyos, a sus hijos. Partiendo de esta experiencia, el autor de la carta sigue con su argumentación de menor a mayor. Efectivamente, la corrección de los padres terrenos tiene un valor positivo, aun cuando su preocupación por los hijos se centra en hacer hombres para la vida terrena, hombres honrados y útiles para la vida.

11. Es cierto que toda corrección, en el momento en que se recibe, es más un motivo de pena que de alegría; pero después aporta a los que la han sufrido frutos de paz y salvación.

Dios utiliza la pedagogía de la corrección y del dolor. El hecho de que venga de Dios no mitiga el sufrimiento que toda corrección implica. Se trata siempre de algo doloroso e incómodo. También para los cristianos el sufrimiento es sufrimiento. Sólo que ellos deben saber valorar el sentido positivo que tiene. Valorarlo como un medio que sacuda- y a veces lo hace con excesiva violencia- nuestra seguridad, comodidad y autosuficiencia en orden a aceptar las exigencias divinas. Es el fruto pacífico de la justicia. Y es que la paz interior del hombre se acrecienta en la medida en que logra una mayor conformidad, en su querer y obrar, con la voluntad de Dios.

12. Robusteced, pues, vuestras manos decaídas y vuestras rodillas vacilantes.

Como consecuencia esperaríamos algo así: sufrir con paciencia e incluso con aceptación gozosa. Además de esto, el autor exhorta a tomar en serio la responsabilidad por los más débiles de la comunidad. Esta preocupación por los demás, en orden a la edificación mutua, y el apoyarse y sostenerse mutuamente es una de las características bien acusadas de la carta.

El autor sabe también que esta invitación a la responsabilidad puede ser captada únicamente por aquéllos que tienen la preocupación por enderezar los propios pasos.

13. Y caminad por sendas llanas, a fin de que el pie cojo no vuelva a dislocarse, sino que, más bien, pueda curarse.

El versículo es un texto del Libro de los Proverbios 4, 26" *Caminad por una senda llana: así el pie cojo, en vez de retorcerse, se curará".*

A primera vista no se ve bien la ilación con los versículos anteriores. Quizá la traducción de la Biblia de Jerusalén sea más indicativa y nos pueda ayudar a comprender el nexo existente: " *Enderezad para vuestros pies los caminos tortuosos, para que el cojo no se descoyunte, sino que más bien se cure".*

Enderezad es una obra, que no está terminada, ni realizada, sino que hay que hacer, es un proyecto. La corrección es parte integrante de este proyecto. La vida en paz supone una vida de rectificación, de enmienda, de reparación, de retoque, de modificación, de mejora, de cambio, de reprensión. Debemos caminar, no podemos pararnos; pero superar las dificultades, que a veces nos vienen de Dios, no es señal de retroceso, sino de caminar por el camino seguro. Que nunca nos suceda lo que dice san Agustín: bien caminas, pero por camino equivocado. Así nunca llegaremos a la meta, al fin, que es Dios.

Evangelio: Lucas 13, 22-30: La puerta estrecha

Hoy comenzamos la segunda etapa del viaje a Jerusalén, período que se prolonga hasta el domingo 27.

13, 22-17, 10. En la segunda etapa del viaje a Jerusalén sigue dominando la enseñanza dirigida a los discípulos. No ha desaparecido el rechazo y la incomprensión de los dirigentes de Israel. Sin embargo, el interés central de esta sección es describir los rasgos del auténtico creyente y de la verdadera comunidad cristiana. El tema dominante es el amor, manifestado en el marco simbólico de un banquete.

La Liturgia de la Palabra de hoy en lo referente al Evangelio, hace uso de los versículos 22-30. Estas palabras de Jesús sobre la entrada en el reino, que explican la dificultad y la exigencia del seguimiento (Lc 13, 24), son una amenaza para la mayoría de los judíos que serán arrojados fuera, mientras vendrán de todos los puntos cardinales hombres y mujeres a formar parte de este reino. Las palabras de Jesús son una expresión del esfuerzo que exige la entrada en el reino (Lc 16, 16) Quizá el esfuerzo lo describe bien Lucas cuando dice que consiste en seguir a Jesús, escuchar sus palabras, y actuar en consecuencia (Lc 6, 47).

22. Mientras iba de camino hacia Jerusalén, Jesús enseñaba en los pueblos y aldeas por las que pasaba.

Este versículo es como un sumario, como un resumen, que indica el momento en el cual se encuentra Jesús en su camino hacia la Ciudad Santa:" *Mientras iba de camino hacia Jerusalén, Jesús enseñaba en los pueblos y aldeas por los que pasaba*".

23. Uno le preguntó: Señor, ¿son pocos los que se salvan? Jesús le respondió:

Mientras Jesús sigue de camino hacia Jerusalén, dando sus instrucciones a la gente y a sus discípulos, un innominado le pregunta directamente por el número de

los que van a experimentar esa salvación inherente al Reino: ¿ *Son sólo unos pocos los que lograrán la salvación?*.

La pregunta no surge por casualidad o totalmente por sorpresa; si la encuadramos en el contexto global de las instrucciones de Jesús camino de Jerusalén , veremos que ya venía preparada desde Lc 13, 3: "*No, os lo aseguro; y si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo.*".

24. Esforzaos en entrar por la puerta estrecha, porque os digo que muchos intentarán entrar y no podrán.

La contestación del Maestro no responde directamente a la pregunta planteada, sino más bien se desvía hacia una advertencia de tipo práctico. Lo que le interesa a Jesús es el "*esfuerzo"* humano. *"Esforzaos en entrar por la puerta estrecha, porque os digo que muchos intentarán entrar y no podrán"*.

El Reino sólo tiene una "puerta", y ésa, "estrecha". La terminología es de lucha, de forcejeo. El acceso a la salvación no es una portalada de par en par

Existía una creencia arraigada en el Judaísmo, que era la siguiente: *Todo israelita por el hecho de serlo, entrará a formar parte del mundo futuro.* Jesús quiere echar por tierra ese convencimiento. No solo es necesario el empeño, sino que se debe realizar a tiempo.

25. Cuando el amo de casa se levante y cierre la puerta, vosotros os quedaréis fuera y, aunque empecéis a aporrear la puerta gritando: ¡Señor, ábrenos!, os responderá: ¡No sé de dónde sois!

Esa puerta estrecha, por donde debemos entrar con forcejeo, ahora se ha cerrado, pues el tiempo se ha cumplido. No debemos olvidar que la salvación supone principalmente una donación de Dios y una correspondencia coherente del hombre.

No todo depende de las condiciones de la puerta. Hay otro factor fundamental: la figura del señor del Reino, que controla soberanamente la entrada. Al forcejeo para entrar por esa angostura se añade ahora una advertencia sobre los cálculos temporales. Dar largas a la oportunidad, posponer el esfuerzo, intentarlo todo en el último minuto es correr un riesgo; la salvación sólo se alcanza mientras el dueño mantiene abierto el acceso para sus conocidos.

La conexión entre los vv. 24 y 25 no es excesivamente clara; pero, de todos modos, no hay duda que el 25 afirma expresamente que el acceso al Reino depende también de la actitud del dueño de casa, es decir, del Señor, como se deduce del 28.

En los siguientes vv. 25-27 se nos da la clave de la explicación: intentarán entrar cuando ya sea demasiado tarde. Y eso, como insinúa Jesús, no sólo por el tropel de gente que se suele apelotonar en un paso angosto, como "la puerta estrecha" (v. 24) , sino también porque puede suceder que, al alcanzar la puerta , se compruebe que se ha cerrado antes de lo que se suponía.

Lo que inicialmente era una "*puerta estrecha"* (v. 24) es ahora una "*puerta" que el dueño de casa puede cerrar desde el interior para dejar fuera a los desconocidos* (v. 25) ; una puerta que no sólo permite entrar en el Reino, sino que constituye una invitación a tomar parte en el banquete y en la celebración gozosa de la fiesta. El "dueño de casa" queda identificado, indirectamente, como el propio

Jesús, porque los que se han quedado fuera se dirigen al dueño como contemporáneos suyos, que han comido con él y han escuchado su enseñanza: *" Entonces os pondréis a decir: Hemos comido y bebido contigo, y tú has enseñado en nuestras plazas"* (v. 26)

Pero la respuesta suena, otra vez, con la misma rotundidad: "*No sé quiénes sois ni de dónde venís"* (27b). Las observaciones de Jesús en este pasaje aluden a la idea veterotestamentaria de que Dios conoce a los suyos, a los que él ha elegido. En el v. 27c. "¡Apartaos *de mí, malvados!* la situación se agrava; el "dueño" no sólo considera extraños a esos importunos, sino que los excluye positivamente de su casa.

28. Entonces lloraréis y os rechinarán los dientes, cuando veáis a Abrahán, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, mientras vosotros sois arrojados fuera.

29. Pues vendrán muchos de oriente y occidente, del norte y del sur, a sentarse a la mesa en el reino de Dios.

En los vv. 28-29, toda noción de "*puerta"*- estrecha o cerrada- desaparece, por completo. El tema cambia de decorado para centrarse en la celebración del banquete; allí están junto al dueño todos los recién admitidos, en compañía de Abrahán, Isaac, Jacob y los profetas de Israel. Los que han logrado entrar- o ser admitidos – en el Reino no son únicamente contemporáneos de Jesús que se han esforzado por abrirse paso a través de la puerta estrecha, mientras todavía estaba abierta, sino también "gente del este o del oeste, del norte y del sur. Dentro, en el Reino, banquete, fiesta y alegría; pero fuera, al otro lado, de la puerta, llanto y crujir de dientes, desventura de los excluidos.

El v. 28 expresa, en clave negativa, lo que exalta el 29, en visión positiva del desenlace; las oposiciones se presentan en la clave más radical: no es cuestión de entrar o no entrar, es cuestión de "ser admitidos" o quedar definitivamente "excluidos".

El v. 28c dice textualmente: "mientras *a vosotros os echan fuera"* Pues bien, ¿quiénes son los expulsados? Jesús parece referirse a algunos de sus contemporáneos. La advertencia es suficientemente clara. Si se quiere entrar en el Reino, no basta un contacto meramente superficial con el predicador; hay que tener en cuenta las circunstancias: una "puerta estrecha" y un enojoso forcejeo para abrirse paso.

Los que van a ser admitidos en el Reino para celebrar el banquete en compañía de las grandes figuras de Israel, los patriarcas y los profetas, son una multitud que viene de los cuatro vientos: el Israel reconstituido

En la perspectiva de Lucas, los que van a engrosar ese nuevo pueblo son los paganos

30. Hay últimos que serán primeros y primeros que serán últimos.

Por último, la máxima conclusiva (v. 30) enuncia la dialéctica del Reino, que incide en el sistema de las relaciones humanas, provocando una radical inversión de los valores tradicionales: " *Algunos de éstos, que ahora son últimos, serán los primeros, y algunos de esos que ahora son primeros serán últimos"*